

Trimestre . . . 1'50 ptas.  
Semestre . . . 3'00 »  
Año . . . . . 5'00 »  
Núm. suelto. 0'15 »

# Tierra y Libertad

Redacción y Administración:  
Unión, 19, 1.º, 2.º  
Teléfono 23658  
BARCELONA

## ¿QUE ES LA ANARQUÍA?

Por LUIGI FABRI

Anarquía, todos lo saben, es una palabra que por su etimología griega tiene el significado de sin gobierno. Se llamaban anarquistas, antiguamente, los intervalos de tiempo entre la cesación de un poder y la formación de un poder nuevo.

Y ya que, desde antiquísimos tiempos hasta hace cuarenta o cincuenta años, nadie o casi nadie imaginaba que pudiese ser posible y deseable vivir sin algún gobierno, y la casi generalidad tenía temor porque creía en el caos más espantoso, de aquí ha derivado el uso en sentido figurado de la palabra *anarquía*, para significar desorden, confusión, etc.

De tiempo en tiempo, a través de los siglos, algún pensador aislado intuyó vagamente que tal vez los hombres estarían mejor sin gobierno. Filósofos griegos, chinos, árabes, han llegado a tal conclusión. La leyenda cantada por los antiguos poetas latinos de la edad de oro, en que los hombres vivían libres y sin leyes ni amos, es un indicio de que el alma humana ha tenido siempre una aspiración a la mayor libertad y vea el ideal, aunque creyéndolo inalcanzable, en una sociedad de libres e iguales.

Pero se trataba entonces, de fábulas artificiosas, con fondo religioso, de los poetas o de concepciones abstractas, distantes, como las primeras, de la vida real. Tendencias anarquistas se han manifestado más tarde, a distancia de siglos, en los períodos más revolucionarios de la historia: por ejemplo, entre los herejes del Cristianismo, entre los utopistas del Renacimiento, entre las vanguardias extremas de la Reforma, entre las minorías más avanzadas de la Revolución Francesa, etc. Por lo demás, siempre que los pensadores y los poetas querían figurarse una sociedad perfecta o encaminándose hacia la perfección, no podían eximirse de pensarla sin patronos y sin gobiernos.

Estas ideas y tendencias, muy vagas e imprecisas, y mezcladas a menudo a extravagancias inhumanas (como el comunismo de la mujer), hasta la primera mitad del siglo pasado eran consideradas fantasmas de visionarios, paradojas fuera de la realidad, sueños. Poco antes, en el seno de la Revolución Francesa, algunos habían empezado a precisar la idea de que el progreso consiste en la continua eliminación de la autoridad en las relaciones humanas y que el fin a alcanzar es una sociedad humana de libres, sin gobierno. Pero fué el pensador inglés Godwin el primero que desarrolló de modo claro y sistemático esa idea (1793).

Durante los cincuenta años que siguieron, la idea anarquista se hizo cada vez más camino, no todavía con este nombre preciso, sino en su significado que iba paulatinamente concretándose y tomando líneas determinadas.

Especialmente Fourier (1820) desarrolló el concepto de que el hombre no podría perfeccionarse sino en el pleno y más libre desenvolvimiento de sus facultades, sin coerciones exteriores. Pero el pensamiento anarquista alcanza su madurez, convirtiéndose en un programa de revolución social, con Proudhon —el padre de la anarquía—, como lo llamó Kropotkin en el proceso de Lyon en 1881—. Fué J. P. Proudhon el primero que aceptó como expresión de su pensamiento la palabra *anarquía* (1840).

En el seno de la primera Internacional de los Trabajadores la idea anarquista, de concepción abstracta y polémica de pensadores, convirtióse en programa de acción, de reivindicación y de renovación social de toda una parte notable de las masas trabajadoras.

Las revoluciones de 1848 y de 1871 fueron en cierto modo los experimentos a través de los cuales muchos trabajadores constataron cómo los medios autoritarios alejan en vez de acercar el fin de libertad y de igualdad que querían alcanzar. Con Bakunin y sus amigos, especialmente a través de la corriente autoritaria representada en la Internacional por Carlos Marx, el anarquismo no fué ya solamente una aspiración vaga de un arreglo social futuro, sino también un método de lucha, una guía, un movimiento, vale decir, la concepción libertaria de la revolución y del socialismo (1871).

Muerto Bakunin en 1876, las federaciones de la Internacional que tenían una orientación anarquista más decidida (la española, la belga, la jurasiana, la italiana) continuaron la elaboración de la idea anarquista en los congresos y en la prensa, hasta que en 1877 la Federación Italiana y en 1880 la Federación del Jura suizo llegaron a la formulación comunista del anarquismo (Malatesta, Caffero, Reclus, Kropotkin, Grave, etc.).

Casadas hacia 1882 las últimas secciones de la primera Internacional, todavía subsistentes, el movimiento anarquista, continuó automáticamente, es decir, separado e independiente de todos los otros movimientos y partidos, su desarrollo y su camino.

La anarquía debe ser considerada —para comprenderla bien— en sus dos aspectos inseparables: 1.º como tendencia y movimiento; 2.º como programa de acción futura.

Como tendencia espiritual y perenne a la libertad del individuo y de los pueblos, vale decir a su liberación creciente de los vínculos exteriores y de las violentas coerciones patronales y estatales —tendencia que en el terreno político y social se traduce en la revuelta perenne contra todos los abusos y las tiranías, en la conquista de una siempre mayor independencia individual y colectiva—, la anarquía representa el progreso infinito hacia el mejoramiento moral y material humano, y es, en realidad, el factor más importante de ese progreso.

En todos los campos esta tendencia se manifiesta, a menudo sin tener conciencia de sí misma y sin llamarse anarquista. Obra como fenómeno propulsor también entre los otros partidos, sin que lo adviertan y a su pesar.

En el campo religioso y moral ella es una revuelta contra los viejos prejuicios que sustituyen la fe en lo sobrenatural, y en ultratumba con la fe en la voluntad humana y en su capacidad de realizar en la tierra el propio deseo de justicia. A la disciplina forzosa impuesta por los curas y por los gendarmes opone la disciplina voluntaria y libre, que deriva del íntimo sentido del deber, de la comprensión verdadera del propio interés y del sentimiento de la solidaridad social.

En el campo político los individuos y las colectividades tienden a vivir y a organizarse por propia vida independientemente del Estado, excluyendo toda su ingerencia y luchando contra sus pretensiones. En el campo económico, los trabajadores, tratan de emanciparse de la esclavitud del salario, de la torpe extorsión que los obliga a servir y dejarse explotar o a morir de hambre.

Todas estas tendencias, inconscientes y desaparramadas un poco en todos los campos y movimientos sociales, en el movimiento anarquista, propiamente dicho, se organizan con plena conciencia de sí, se completan e integran la una con la otra.

La anarquía, pues, es la suma de todas las tendencias a la libertad en religión, en moral, en política, en economía, en la ciencia y en la escuela como en el taller y en la plaza, en la evolución como en la revolución. El anarquismo constituye así un movimiento orgánico en sí, autónomo de todos los demás, pero que en la vida social participa en todas las luchas, aunque las hayan iniciado otros, que responden a una o más de sus directivas y que en los métodos no estén en oposición a sus fines.

No teniendo que alcanzar miras materiales propias, individuales o de partido, el anarquista no sufre de celos: aprueba y ayuda toda reivindicación de libertad de cualquier partido que venga. Viceversa, no teniendo lazos o vínculos políticos o de interés con ningún partido, combate sin miramientos todos los partidos y todos los movimientos en cuanto obstaculizan o contrastan con sus métodos y sus fines libertarios. El anarquista puede, por ejemplo, confundirse fraternalmente en las barricadas con republicanos, socialistas o comunistas cuando se batan contra el gobierno o el capitalismo, pero se levanta en armas contra cualquiera de ellos que se convierta o esté por convertirse en gobernante o en explotador.

Dada esta concepción de la lucha y del movimiento, los anarquistas no se preocupan por las derrotas, porque hasta el día de su victoria total, se considerarán siempre derrotados, aunque otros, menos exigentes, entonen a su alrededor cánticos de victoria. Saben ya que, hasta el día de la victoria, ellos estarán destinados de continuo a rehacer de nuevo su tela. Progresan, sí, pero su progreso no es visible, porque, siendo parcial, sirve a los demás y no a ellos, y otros pueden usurparles impunemente el mérito. Pero ¿qué importa? El progreso no deja de realizarse por esto.

El anarquismo ejerce directa e indirectamente su función de propulsor y de educador, sin renunciar a la lucha día por día, sin apartarse de los pequeños conflictos con el pretexto de reservarse para la batalla final. No subordina su actividad revolucionaria a prejuicios dogmáticos ni a preventivas condiciones, menos la única de que la acción no contraste con su fin.

Los anarquistas no esperan una hipotética madurez de los tiempos o de la evolución para obrar, porque saben que la acción es lo que mejor hace madurar la evolución y los tiempos. Ni esperan a que todos los hombres estén educados para alzar bandera de libertad, porque saben que la libertad es la mejor educadora de hombres libres, y sin libertad la independencia del espíritu no puede ser más que el privilegio de pocos.



## ESPAÑA EN CRUZ

Callaron los cañones: se terminó la lucha en campos y ciudades; ya el tronar no se escucha del cañón a lo lejos... La lucha sigue sorda, continuarla fieros, de esbirros esa horda que se entregó cobarde... Terciarios y africanos que vinieron a España a salvar los cristianos.

Ya lucen nuevamente cruces y solideos, uniformes vistosos... Todos los fariseos, toda la turbamulta de esclavos y de escribas lanzaron contra el pueblo calumnias y diatribas.

Salieron de sus cuevas personajes protervos; graznaron agoreras las bandadas de cuervos, celebrando, cobardes, la trágica derrota del pueblo, nuevamente clavado en la picota; expuesto al ludibrio y a la vanidad fiera de la gente feroz de sotana y guerrera. Aulló la estulticia. Periodistas cretinos, señoritas histéricas y pastores divinos aplaudieron el crimen de terciarios y moros; la España de las majas, la España de los toros, la España de los frailes, vieja, inquisitorial, de Felipe Segundo, su sombra, el Escorial, apareció en la calle, contenta, satisfecha, saboreando el fruto de su infesta cosecha.

Retorcían los miembros, fieros e implacables, de las miserables víctimas, aquellos miserables. Si observaban en ellos algunas convulsiones, se reían alegres, los perversos sayones.

A la espalda los brazos, fuertemente esposados, de las ferreas argollas, los mártires colgados, quebrantados los huesos, los miembros retorcidos, con los cuerpos sangrantes, estaban suspendidos.

El recuerdo de esto es una pesadilla trágica y horrorosa que subleva y manilla. Las escenas aquellas, ¿quién las podrá pintar? ¡A un festín de caníbales se pueden comparar!

Oscilantes y trágicos, de los brazos colgados, semejaban los cuerpos macabros de ahorcados. ¡Qué tragedias aquellas! Los viles criminales, ¡con sadismo golpeaban las partes genitales! ¡Cuántas atrocidades! El estro yo quisiera de un Esquilo, que en verso relatarlo pudiera. ¿Cuál es la pluma osada, cuál es el estro fuerte que cante lo que ha sido superior a la muerte? ¿Quién relatar podría los horribles tormentos que infligieron al Pueblo los chacales sedientos de sangre, esos monstruos de humana contextura que sumieron al Pueblo en triste desventura?

¿Para qué recordarse de los inquisidores, de Arbués y Torquemada, si éstos fueron peores?

Dislocación de huesos. Designios tenebrosos inducían a estos hombres ruines y odiosos. Ni las tribus feroces de africanas regiones son comparables a estos miserables sayones; ni la hiena que husmea putrefactos despojos, ni la serpiente horrible de penetrantes ojos, ni el chacal de la selva, ni los tigres traidores son comparables a estos feroces malhechores.

SOLANO PALACIO

Sin descuidar la educación y tratando de obtener por ella toda la elevación moral que es posible en el presente régimen, para que al menos una minoría de rebeldes, de oprimidos y de explotados se haga digna para vencer, no hay que olvidar que el mayor obstáculo a la elevación de los más, a su mejoramiento espiritual, está constituido por el régimen. Por esto el anarquismo se propone, ante todo, despedazar la dura caparazón del privilegio económico y político, para abrir a la mayoría el camino a nuevas experiencias y hacer posible para todos una educación de libertad.

Y he aquí que se delinea el fin que los anarquistas, conscientes de lo que quieren, dan a su específico movimiento de partido. Sin este fin preciso a que se quiere llegar, las tendencias y el movimiento que arriba he indicado, pronto se desligarían para fraccionarse al infinito y perderse poco a poco, absorbidos por los otros movimientos más organizados.

La primera organización, en el terreno de las ideas y de la propaganda, que da valor al movimiento y lo mantiene relativamente unido, es su programa futuro: es el ideal que se quiere realizar lo más pronto posible.

A su vez, este ideal sería estéril si no se exteriorizase a través de un movimiento homogéneo y coherente con él, si no interpretase tendencias y aspiraciones ya vivas en el alma humana. Ahora bien; el ideal que interpreta las tendencias humanas y populares a la libertad y a la justicia social, vale decir, a la igualdad en la solidaridad; el ideal que es la desembocadura lógica de todo el movimiento tendiente a libertad al hombre de la esclavitud económica y política a la vez, es el comunismo anarquista.

Los anarquistas quieren, con la propaganda, el movimiento y la acción propia —sea en tiempos normales de evolución más o menos pacífica, sea en el curso de una eventual revolución más o menos violenta— alentar y desarrollar las tendencias a la libertad y a la igualdad, combatiendo las tendencias, fuerzas e instituciones opuestas, para llegar a establecer una organización social en la que toda coerción violenta y autoritaria del hombre por el hombre esté limitada y, en consecuencia, esté eliminada, también, de toda explotación.

Una sociedad así, sin gobierno y sin capitalismo, no estaría ya dividida en clases o castas privilegiadas y otras defraudadas; es decir, en ricos y pobres, gobernantes y súbditos, propietarios y proletarios, aprovechadores y trabajadores. Estaría constituida por libres asociaciones, en las que todos los hombres serían trabajadores que tendrían los mismos deberes y los mismos derechos, cooperando a la producción de la riqueza común según sus fuerzas y voluntad, y gozando de la riqueza así producida en razón de sus necesidades, en los límites impuestos por las posibilidades materiales y por las circunstancias, y según convenios sociales libremente contraídos y consentidos.

Esta organización social basada en el consenso voluntario, en la ayuda mutua y en la cooperación libre será la anarquía.

Hoy que el comunismo es predicado (como lo fué ya en 1848, cuando se publicó el famoso *manifiesto* de Marx y Engels), también por una escuela autoritaria del socialismo, la cual no tiene en cuenta la necesidad humana de libertad y se forja la ilusión de que es posible llegar a la igualdad sujetando por la fuerza a los hombres y confiando su actuación obligada a un gobierno dictatorial, es bueno precisar que con ese sedicente comunismo no tienen nada que hacer los anarquistas.

Los anarquistas ven en la socialización de la propiedad y en su organización y gestión comunista en el terreno económico el mejor medio para producir más con el mínimo esfuerzo y para asegurar el máximo de libertad a todos y a cada uno, en cuanto jamás se podría decir libre quien no pudiese satisfacer en el límite de lo posible todas sus necesidades materiales y espirituales; pero no quieren imponer por la fuerza este sistema, ni que otros se lo impongan a ellos. La actuación del sistema la subordinan a la persuasión y aceptación de todos los que deberán actuarlo y vivirlo.

Los anarquistas no creen posible un comunismo impuesto desde arriba, un comunismo de Estado; y aunque fuese posible, no lo querían ni se adaptarían a él.

El capitalismo y el Estado no podrán ciertamente ser eliminados más que por la fuerza, a través de la revolución. Pero la fuerza o violencia puede destruir, modificar; puede, por consiguiente, ser útil para demoler las instituciones que reputamos dañosas y vencer la violencia que se oponga a los novadores. Pero cuando se trata de levantar el edificio nuevo, la piqueta resulta inútil.

Para la reconstrucción los anarquistas tienen un programa propio, al que nos hemos referido más atrás, pero para su actuación confían solamente en sí mismos y en los que con ellos consientan; y para el consenso ajeno cuentan sólo con la propaganda, la persuasión y con la libre experimentación; esto es, con la eficacia del ejemplo que se prometen dar al organizar socialista y libertariamente sus comunidades. Si la revolución encontrase o determinase un vasto ambiente favorable a la actuación de la anarquía, bien; de lo contrario, los anarquistas no pretenderán imponer a los otros su régimen, y se limitarán a pretender para sí la libertad de actuar ellos donde y como puedan —en las regiones, en las comunas, en las corporaciones, instituciones y agrupamientos de toda clase en que estén en número suficiente— el comunismo libre. A condición, se entiende, de entenderse fraternalmente con las otras colectividades para proveer por medio de pactos recíprocos a los superiores intereses comunes, al intercambio de los productos y a la eventualmente necesaria defensa de la revolución.

La asociación para la vida y para la lucha continuará siendo la ley de la vida, sea en el interior de cada comunidad, sea entre las varias comunidades más diversas y lejanas, con los desarrollos y temperamentos que el progreso material y moral originará. Así como el individuo no puede alcanzar su más amplia libertad sino por medio de la solidaridad humana —sin la solidaridad el hombre sería todavía el salvaje de las cavernas, esclavo de los elementos y de su ignorancia y brutalidad—, tampoco puede haber verdadera solidaridad humana sino entre hombres libres.

Y, en efecto, una organización coercitiva es la que hoy, por medio de vínculos políticos y económicos antihumanos, tiene en pie la sociedad, indigna de este nombre; pero nos une los corazones de los hombres que se buscan y se entienden del todo independientemente de ella, y encontrando en ella el mayor obstáculo. La ausencia de libertad impide la solidaridad.

Solidaridad y libertad son, pues, indisolubles, en la concepción y en la práctica de una sociedad humana realmente unida y fraterna. Por las mismas razones y del mismo modo son indisolubles, siendo el uno integración de la otra, el comunismo y la anarquía que, en el terreno práctico de la reconstrucción social, corresponden a los dos principios de la solidaridad social y humana y de la libertad individual y colectiva.

Esto entienden por anarquía, en su mayor parte, por no decir en su casi totalidad, los que en todas las naciones, en todas las partes del mundo, se declaran anarquistas y combaten en los más diversos campos del pensamiento y de la acción, bajo ese nombre, contra toda forma de tiranía espiritual, económica y política, en defensa de todos los oprimidos y de todas las libertades, y más especialmente al lado de la clase proletaria a la que casi todos pertenecen.

Ellos han aceptado este nombre de anarquistas, tan difamado en el curso de los siglos, sea como un desafío al viejo mundo y a los viejos prejuicios, sea porque sintetiza del modo más franco y característico su ideal de libertad y su ardiente deseo de liberación universal de todos los yugos económicos y políticos.

Este ideal y este deseo parecen hoy vencidos y sofocados por la prepotencia altanera del Privilegio, triunfador de la hora que pasa. Pero arden con una llama más viva y más intensa en lo íntimo de sus fieles, y les hacen latir más activamente el corazón y vibrar el cerebro. Estimulan la voluntad de una minoría cada vez más numerosa, más fuerte y más consciente para abatir las barreras que encierran a la humanidad en su infierno de sujeción y de dolor.

Cuando el núcleo de los convencidos y de los voluntariosos haya librado los caminos del porvenir de los obstáculos que hoy los obstruyen, los pueblos emprenderán de nuevo la marcha. Los hombres, libres al fin, sólo entonces serán verdaderamente dueños de su destino.

## El organismo económico de la revolución

El organismo económico de la revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por D. A. de Santillán.

Hemos empezado ya a distribuir los pedidos de esta obra de máxima actualidad, nuestra contribución al estudio de uno de los grandes problemas planteados en la orden del día del congreso de la C. N. T. 240 págs. Biblioteca Universal de Estudios Sociales. — 2'50 ptas.